

TEMPLO HERMANA TERESA

“La Luz”

15/11/2025



“La Luz”

Queridos hermanos y hermanas

Hay una verdad silenciosa que acompaña al ser humano desde el principio de su existencia: la luz no se encuentra sin antes atravesar la oscuridad. La claridad no aparece sin antes haber caminado entre las sombras. La vida, en su profundo misterio, parece estar hecha de pruebas y de revelaciones, de caídas y ascensos, de noches que anuncian amaneceres. Y es precisamente en esa danza entre la dificultad y la esperanza donde descubrimos que la luz no se entrega:

se gana.

En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y que dice:

“La luz es la recompensa, para aquellos que superan la adversidad.”

La luz es la recompensa que la vida otorga a quienes se atreven a seguir caminando cuando todo parece perdido, a quienes se mantienen firmes en la Fe cuando el mundo los invita a rendirse, a quienes confían en su propio espíritu aun cuando el horizonte parece lejano y gris.

La adversidad es la maestra que pocos eligen, pero que a todos enseña.

No viene con regalos, sino con pruebas; no llega con promesas, sino con silencios que desafían el alma. Sin embargo, es en esos

silencios donde germinan las semillas del crecimiento.

El dolor, la pérdida, la decepción o el miedo no son enemigos: son mensajeros que nos muestran lo que debemos aprender, soltar o transformar.

Cada adversidad es un espejo. Y en ese espejo vemos no lo que somos en los días de calma, sino lo que verdaderamente somos cuando la tormenta nos golpea. Porque no se mide la fortaleza de un alma por la ausencia de problemas, sino por la manera en que enfrenta los vientos contrarios.

Hay quienes, frente al dolor, se quiebran; otros, en cambio, se doblan, pero no se rompen. Y cuando la tormenta pasa, en su interior ha nacido una nueva forma de Fe, más sólida, más simple, más humana.

Superar no es resistir ciegamente.

Superar es darle sentido al sufrimiento, encontrar un “para qué” que ilumine el “por qué”.

Esta existencia, a veces, nos pone en lugares donde nada parece tener sentido: perdemos algo o alguien, nuestros proyectos se desmoronan, la salud falla, las fuerzas se agotan. En esos momentos, la mente busca razones, pero el alma busca propósito.

Y cuando el alma encuentra ese propósito —cuando descubre que cada piedra del camino estaba allí para hacernos más sabios, más compasivos, más auténticos—, entonces aparece la

luz.

Esa luz no viene de afuera. No la traen los aplausos, ni los reconocimientos, ni las soluciones mágicas. Viene de adentro, de lo más profundo de la esencia humana. Es la luz que se enciende en el alma cuando comprendemos que todo lo vivido tuvo un sentido, y que cada caída fue un peldaño hacia la madurez del espíritu.

Superar la adversidad no significa simplemente salir del dolor. Significa salir transformado.

El que atraviesa la oscuridad y llega a la luz no es el mismo que entró. Hay algo que cambia, algo que se libera, algo que aprende.

Esa transformación es la verdadera recompensa. No es el premio que se recibe, sino el ser nuevo que emerge.

Porque hay luces que iluminan desde afuera, pero hay una que solo se enciende desde adentro: la que se prende cuando el alma comprende el valor de su propio recorrido.

Y esa luz interna se convierte luego en faro para otros. Quien supera la adversidad no solo se libera a sí mismo: también abre un camino para que otros encuentren su propio despertar.

De esa manera, el dolor deja de ser un peso y se convierte en una guía; la oscuridad deja de ser un castigo y se convierte en un aprendizaje.

Permitannos contarles una historia que ilustra dicho hasta aquí.

Cuentan que en un pequeño pueblo de montaña, un hombre llevaba años intentando construir un camino que uniera su casa con el valle.

Cada día, al amanecer, salía con su pala y su pico, dispuesto a avanzar unos metros más.

Pero a mitad del sendero, una enorme piedra bloqueaba el paso. Había intentado moverla con palancas, con sogas, con ayuda de los vecinos, sin éxito. Algunos le decían: “Dejala ahí, no tiene sentido, rodeala y hace el camino por otro lado.

Pero él respondía: “Si rodeo la piedra, el camino no será firme. La piedra no es el obstáculo, es parte de la obra”.

Durante años, trabajó golpeando esa roca, desgastando sus manos, su cuerpo y su paciencia.

Cada día parecía igual, sin resultados visibles.

Hasta que una noche de tormenta, exhausto, se sentó frente a la piedra y lloró. “¿Por qué me das algo tan imposible?”, le preguntó a Dios. “¿Por qué me dejas luchar sin ver el fin?”.

Y en ese silencio, mientras el agua corría entre sus pies, escuchó algo dentro de sí que nunca había oído: una voz suave, profunda, que decía:

“Tu fuerza no está en mover la piedra, sino en no rendirte ante ella.”

Al día siguiente, volvió al trabajo. Ya no con ira ni desesperación, sino con paz.

Golpeó la roca con serenidad, sin esperar resultados, simplemente cumpliendo su tarea. Y entonces, sin esperarlo, una grieta se abrió.

En semanas, la piedra cedió y cayó al costado del camino.

Al mirar hacia atrás, comprendió que aquella piedra le había enseñado más que todo el resto del trayecto.

Porque la luz no estaba al final del camino, sino en cada día en que eligió no rendirse.

Hermanos y hermanas hoy nuestra Guía la Hermana Teresa nos dice:

“Cada vez que la vida les ponga a prueba, recuerden esto: la oscuridad no es el final del camino, es el pasaje hacia la luz. y nada es imposible, solo tengan FE.

Que tengan un iluminado regreso a sus hogares.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.